

Voces.
-Franco Vega-

Aplicación:

1 Acción y efecto de aplicar o aplicarse.

2 Afición y asiduidad con que se hace algo, especialmente el estudio.

3 Ornamentación ejecutada en materia distinta de otra a la cual se sobrepone.

4 Programa preparado para una utilización específica, como el pago de nóminas, formación de un banco de términos léxicos, etc.

5 Operación por la que se hace corresponder a todo elemento de un conjunto un solo elemento de otro conjunto.

Se trepó a los apuntes del escritorio, resbaló en un lápiz que rodó por el borde y cayó sobre la alfombra. Lía ya casi no le prestaba atención; estaba acostumbrada.

Desde la cama lo vio palpar el espejo del tocador: un regalo de Papá, que pensó que le gustaría tener un tocador como las princesas. Pobre viejo. No se había equivocado, le encantaba, pero aún así le daba pena.

Después saltó a la silla, de ahí al piso. Olfateó el aire con los dos grandes agujeros que le servían de nariz y ocupaban casi toda la cara. Que Lía supiera, no tenía ojos, o los ocultaba cuando estaba fuera. De todas formas era difícil decirlo. Su cara era apenas un borrón, algo cambiante que no se decidía a tomar forma. Como las películas que trataba de ver su hermano en el canal 02 después de las doce de la noche, creyendo que nadie se daba cuenta.

— ¡Lía, a comer!

La voz de la Madre le llegó desde el otro lado de la puerta. La Madre se las arreglaba para oírse como si estuviera secándose las manos con un repasador, cosa imposible pero cierta. Como Papá, que siempre sonaba como si estuviera prendiéndose el último botón de la camisa. Quizás en ese mundo borroso de donde venía Pixel fuera así; la gente sujeta a un gesto, a una voz engolada por las posturas raras de entrecasa, a una síntesis abrumadora por lo verdadera y a la vez mezquina.

Se levantó. Pixel corrió hacia ella y trepó por su pierna izquierda hasta la cama. Después se metió en su guarida. No le gustaba que Pixel la tocara, pero también a eso había llegado a acostumbrarse.

Bajó al comedor, donde Repasador y Botón (así los llamaba Pixel, y ella no había conseguido que dejara de hacerlo) la esperaban para cenar.

— Ya deberías ir pensando en una carrera —decía Papá. Lía sabía que era inevitable. Se acercaba su cumpleaños y La Carrera y El Futuro eran dos temas que aparecían con cualquier pretexto y en cualquier momento. Pero la hora de la comida era sin dudas la hora pico.

— Me gusta Derecho. No es tan cara como Medicina y se puede ganar mucha más plata sin especializarse tanto. —dijo ella.

Papá y Mamá cruzaron una mirada fugaz. Era como cuando Papá le regaló el tocador. Una ingenuidad tan profunda que daba pena.

— Eso está muy bien pensado, hija.

Entonces, como siempre, Pixel tenía razón. Ellos preferían respuestas concisas, hincarle el diente a un buen pedazo de realidad. Mejor para ellos. Se merecían tener esas satisfacciones. Las necesitaban tanto que... bueno, le daban pena.

Apuró la cena y subió corriendo a su cuarto. Apenas estuvo otra vez en su cama, mirando el techo y pensando, Pixel se asomó de su guarida y olisqueó el aire.

— Tenías razón —dijo ella, apesadumbrada.

Quizás —quizás no, era difícil saberlo—, él asintió con la cabeza y corrió hacia el escritorio a mordisquear un goma de borrar. A veces tenía boca. A veces no. Daba igual. Lo importante era lo que sabía, y sabía suficiente —o eso decía, al meno— como para ayudarle con sus inquietudes más urgentes.

No alcanzó a desvestirse y se quedó dormida.

— Te dije que piensa, no está alienada por las pavadas de otras chicas.

Papá se abría la bata y se sentaba en la cama con ese gesto que parece sacado de una película de los cincuenta.

— Yo nunca dije eso. Dije que... ya no me acuerdo qué dije. Pero me alegra que se esté tomando las cosas en serio, obviamente ha estado pensando.

— Ya no es una nena. Aparte, me parece que tiene condiciones para el Derecho. ¿Te acordás cómo se peleaba con las compañeras el otro día?

– Sí, ya es casi un abogada.
– Bueno, pará, no digo tanto. Pero la actitud la tiene. De todas formas, todavía está un poquito en la pavada.
– Son otros tiempos. Ahora aprenden más de otras formas. No son tan lineales como nosotros.
Y eso fue todo. Papá apagó la luz y fue un llamado al silencio que ambos respetaron, espalda con espalda y los corazones latiendo en una síncope secreta y satisfecha.

No quería estudiar Derecho, ni mucho menos Medicina. Odiaba, aborrecía la idea. Pixel lo sabía, su razón de ser era saberlo. Lo que parecía no saber era con cuánta intensidad Lía deseaba posponer ese encontronazo con la vida cuadrada y anormal que el mundo le deparaba en los próximos años.

Y se lo hizo saber, amenazándolo con un cutter, exigiéndole que hiciera algo para salvarla de todo eso que despreciaba. Cuando se aseguró de que la había entendido, lo dejó volver a su guarida y salió rumbo a la escuela.

Repasador y Botón la saludaron cuando se iba, pero ella no les prestó atención. Pixel iba hablándole al oído, diciéndolo qué tenía que hacer y cómo.

– Te dije que estaba en la pavada –dijo Papá.

– Ay, Sergio, es una chica de dieciséis años, nada más. Todas están atontadas con la tecnología y esas cosas.

Ella inició el camino hacia la escuela como una autómata. Lo que decía Pixel tenía sentido, pero no es que le gustara. Sabía que no tenía opción; la razón de ser de Pixel era saber esas cosas. No le gustaba lo que tenía que hacer, y mucho menos a quienes tenía que hacérselo y cómo, pero era necesario.

Bendijo el día en que lo descargó, vaya a saber de dónde. Siguió alejándose, con el teléfono pegado al oído.

Era mucho mejor que el WhatsApp.

+++